

Simbolismo en Lowry

Francisco Rebolledo

Una de las novelas mayores de la literatura universal, Bajo el volcán (1947), del británico Malcolm Lowry, es un orbe autónomo de anticipaciones e iluminaciones. Cabalística y dantesca, la novela es una pormenorizada descripción del infierno. El escritor y catedrático Francisco Rebolledo, autor de la novela Rasero y de un libro consagrado a Lowry titulado Desde la barranca. Malcolm Lowry y México, explora un fragmento de esta obra maestra para mostrarnos su poderoso sustrato simbólico como una provocación para internarnos en la selva oscura de sus secretos.

En otra parte¹ estudié la legendaria capacidad que tenía Lowry, como buen poeta que era, para encontrar símbolos, significados, sincronías y coincidencias en cualquier objeto, lugar o situación, y de la fuerte influencia de Melville y de los simbolistas franceses que hay en su obra. Ahora lo que haré, para ilustrar lo anterior con un ejemplo, será zambullirme en el infierno lowryano y revisar uno de los primeros capítulos de la novela con la finalidad de comprender la forma en que el artista fue construyendo su obra; trataré además de descifrar

por lo menos algunos de los múltiples acertijos que nos pone en el camino.

CAPÍTULO II. YVONNE REGRESA

Justo un año después de haber dejado a su marido, en el cual incluso gestionó el divorcio, Yvonne decide regresar a Quauhnáhuac con el fin de tratar de salvar su relación. Llega a las siete en punto de la mañana a las puertas del hotel Bella Vista, en el zócalo de la ciudad. Tiene que ser exactamente a esa hora porque Lowry ha escogido el lado de la luz “para situar nuestro drama re-

¹ Francisco Rebolledo, *Desde la barranca. Malcolm Lowry y México*, Fondo de Cultura Económica, México, 2006.

ferente a la lucha de un hombre entre las potencias de la oscuridad y la luz”, según explicaba a su editor, Jonathan Cape. El drama concluirá doce horas más tarde, a las siete de la noche, cuando la oscuridad se impondrá para siempre en la existencia del Cónsul.

Desde afuera del bar del hotel, Yvonne escucha la inconfundible voz de su marido; habla con el cantinero acerca de un cadáver que será transportado en tren: “absolutamente necesario”, dice el Cónsul en español. En ese momento Yvonne escucha también otras voces, que no identifica, y que hablan algo sobre Alabama. La mujer no se decide a entrar. Se queda un rato en la puerta, perpleja, tratando de poner en orden sus ideas. Observa la plaza de la ciudad que está idéntica a como la vio por primera vez, dos años antes: allí están los fresnos (en realidad son laureles) alrededor de la plaza, los juegos mecánicos, con su rueda de la fortuna ahora inmóvil, el quiosco vacío

y, caracoleando bajo los árboles oscilantes, la estatua ecuestre del turbulento Huerta, de mirada para siempre feroz, veía hacia el valle, más allá del cual, como si nada hubiera ocurrido y como si fuese noviembre de 1936 y no noviembre de 1938, se alzaban sus volcanes, sus hermosos, hermosos volcanes.²

² Malcolm Lowry, *Bajo el volcán*, Era, sexta edición, México, 1980, traducción de Raúl Ortiz Ortiz, p. 53.

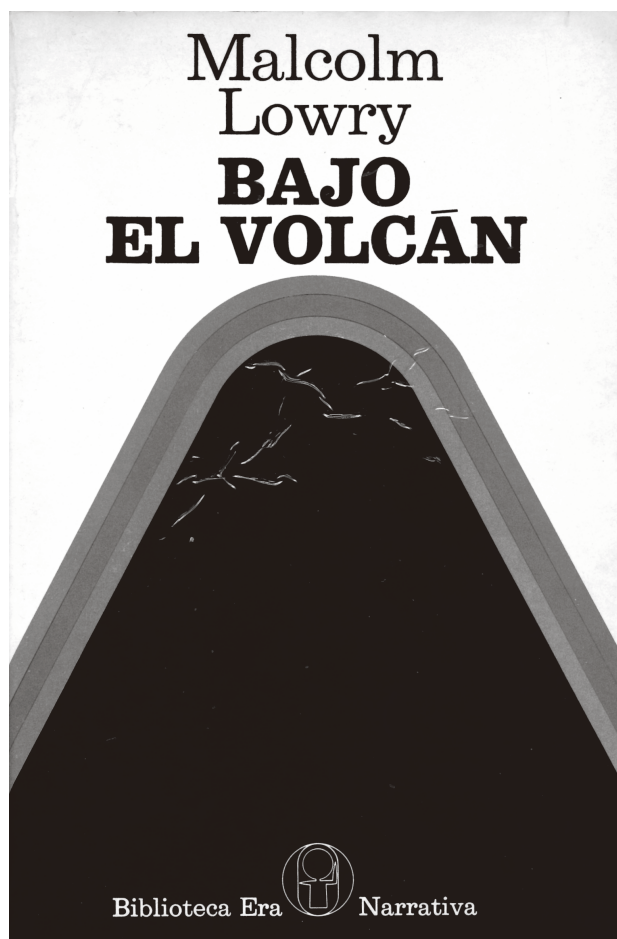
En la versión en español de la novela, el traductor nos advierte que “no se tiene conocimiento de que haya existido en Cuernavaca un monumento al general Victoriano Huerta”.³ Por supuesto que no: sería impensable construir un monumento a un usurpador que apenas gobernó dos años al país. Eso Lowry lo sabía muy bien, como sabía muy bien quién era Victoriano Huerta: un traidor, como Yvonne era una traidora a los ojos del Cónsul; y éste a su vez era un traidor a los ojos de ella. Pero Huerta también era un dipsómano, como lo era el Cónsul... por si fuera poco, el traidor monta a caballo: más adelante nos enteraremos de que Yvonne fue una gran amazona en su juventud; luego sabremos que murió pisoteada por un caballo desbocado. Así, en el lugar que en realidad ocupaba la estatua de Carlos Pacheco, un ex gobernador lisiado, héroe de la guerra contra la Intervención Francesa (que seguramente a Lowry no le decía nada), el escritor erige en el corazón de su Quauhnáhuac un monumento que simboliza la traición mutua de sus protagonistas. Para no dejar dudas de su intención, mucho más adelante, cuando Yvonne está a punto de morir, se vuelve a mencionar la estatua:

El caballo, encabritado, suspendido sobre su cabeza, petrificado en el aire, estatua, alguien estaba sentado en la

³ *Ídem*.



Malcolm Lowry



estatua, era Yvonne Griffaton, no, era la estatua de Huerta, el borracho, el asesino, era el Cónsul...⁴

Piensa luego Yvonne en el nombre de la ciudad: alguien le había dicho que Quauhnáhuac significa “cerca del bosque”, esto es, “cerca del infierno”, pues el Dante, en su obra inmortal, afirma que la entrada al infierno está bordeada por una selva o un bosque. Así, aunque Venus aún refulege en el cielo, y con ella la esperanza del amor, Yvonne ha regresado al borde del infierno, transportada desde Acapulco por un “avioncito de la Compañía Mexicana de Aviación como minúsculo demonio rojo, alado emisario de Lucifer”.

Por fin se decide a entrar en el bar y siente como si estuviera emergiendo del mar y llegando a “Tierra Firme”. La ansiedad de Yvonne por el mar es una respuesta al temor que le infunde la ciudad donde vive su marido: mientras la segunda está al borde del infierno, el mar representa la posibilidad de alcanzar el paraíso que se encuentra a las orillas del océano Pacífico: en una cabaña de un bosque del Canadá. Ve al Cónsul, bastante ebrio, vestido de smoking, pero sin calcetines, sentado en un taburete de la barra, revisando una planilla de horarios del ferrocarril y charlando con el cantinero acerca del transporte de un cadáver. Indudablemente hay un presentimiento en la obsesión del Cónsul sobre el tema: muy pronto su propio cadáver será transportado. El cantinero señala con la vista un cartel donde aparece una mujer con un sostén *escarlata*. “Absolutamente necesario”, insiste el Cónsul, aunque tal vez se refiera al anuncio que está al lado del cartel: *Las manos de Orlac, con Peter Lorre*. Al volver la vista ve la silueta de ella, a contraluz sobre el umbral de la puerta, con un bolso *rojo* entre las manos. ¡Dios mío!, exclama. Yvonne ha regresado y lo ha hecho de la forma que él había ensoñado en la carta que le escribió seis meses antes y que nunca le envió: en el avión de correos que llega de Acapulco todas las mañanas. Ninguno sabe cómo actuar: ella hace un esfuerzo sobrehumano para no estallar en llanto; él, confuso, la invita a que fume un cigarrillo, un Alas, dice con cierto alivio, porque “alas” en inglés equivale a la interjección ¡ay!, un ¡ay! que efectivamente ahogaba su pecho. Cuando inician su charla se escucha, contrapunteado, un diálogo que ocurre en un salón contiguo al bar: son los mismos que Yvonne oyó hablar sobre Alabama cuando llegó al hotel, y son, aunque esto se sabrá mucho más tarde, el contrabandista americano Weber (que fue quien introdujo a Hugh al país) y los fascistas que más tarde asesinarán al Cónsul en El Farolito. Lowry cuenta que este diálogo lo escuchó en el bar de La Universal en Cuernavaca poco después de haber escrito el cuento “Bajo el volcán”, a finales de 1936, y lo transcri-



Malcolm Lowry, Dollarton, ca. 1953

bió literal en el primer borrador de la novela. En la versión definitiva lo aprovechó para jugar con maestría el contrapunto de voces: “Sorpresa, he vuelto... Mi avión llegó hace una hora”, dice Yvonne; “...cuando llegan los de Alabama no hacemos preguntas a nadie: ¡Venimos con talones alados!”. Responde la voz de afuera. Más adelante, Yvonne se lamenta: “Te escribí hasta que mi corazón se quebró. ¿Qué has hecho de tu...” “...vida —provinó una voz del cancel de vidrios—. ¡Qué vida! Es una vergüenza. La gente, de donde yo vengo, no se echa a correr...”. Además, Lowry emplea este diálogo para anunciar nuevamente el desenlace del drama, cuando una de esas voces de afuera dice: “...¡Por Cristo, qué vergüenza! ¡Los caballos se alejan dando coces en el polvo! [referencia a la muerte de Yvonne]. Me sublevé. Dispararon. [referencia a la muerte del Cónsul]. También a ellos les tocó. Primero disparan y luego preguntan...”.

Cuando Yvonne le informa que tomó el avión en el aeropuerto de Hornos, en Acapulco, el Cónsul aprovecha para reprocharle su infidelidad y el infierno que está viviendo por culpa de ella: “¡Ah, Hornos!... Pero por qué venir por el Cabo de Cuernos? Me dicen que los marineros tienen la mala costumbre de menear la cola. ¿O acaso Cape Horn quiere decir calderas?”. En esta última frase, el Cónsul hace alusión a los prisioneros alemanes que fueron quemados en las calderas del buque que capitaneaba, el ss. *Samaritan*.

Luego el Cónsul dice a Yvonne que ha estado en Oaxaca. Cuando escucha esa palabra, ella siente que se

⁴ *Ibidem*, p. 362.



Malcolm Lowry a bordo del ferry que lleva a Gabriold, 1946

le parte el corazón, y es que fue precisamente en Oaxaca donde su relación comenzó a irse a pique sin remedio; allí, el poder diabólico del mezcal embrujó completamente a su marido. Si bien Quauhnáhuac estaba cerca del bosque, del infierno, Oaxaca era definitivamente el infierno (como lo fue en realidad para Lowry, pues allí vivió los días más espantosos de su vida, según él mismo lo cuenta). Aún pasan un tenso rato en el bar, él bebiendo una última copa y ella sufriendo lo indecible por no encontrar la forma de acercarse a su marido. La adicción del Cónsul se interpone entre ambos, y ambos lo saben: cuando ella con la mirada le dice que por qué se obstina en permanecer en la oscuridad (del lugar y de la vida), él, también pensando, le responde, en un hermoso soliloquio, que no hay lugar más bello que una cantina al amanecer (“¿qué belleza puede compararse a la de una cantina en las primeras horas de la mañana?”), más bello aún que los volcanes y que las estrellas que Yvonne estudia con tanto ahínco. La cantina representará el otro gran amor del Cónsul: cada vez que se da la posibilidad de tener un contacto tierno con su esposa, acudirá a su mente la imagen de una cantina al amanecer que lo alejará de Yvonne.

Por fin, después de señalarle a Yvonne con la mirada a una anciana que juega solitaria dominó en una mesa, con un pequeño polluelo dentro de su blusa, al que cuida amorosamente, tal vez para señalarle cómo esa vieja puede ser más leal y cariñosa con su polluelo que ella con su marido (y tal vez por eso mismo Yvonne ve en la

escena un mal presagio, el presagio de la tragedia que les ocurrirá en unas horas), el Cónsul se dispone a abandonar el lugar. Esta anciana, que puede simbolizar la muerte, reaparecerá en el último capítulo de la novela, poco antes de que el Cónsul sea ultimado por los fascistas de El Farolito.

Salen del bar y, al no haber taxis a la vista, deciden ir a pie a su casa en la calle de Nicaragua: hace tiempo que el Cónsul perdió su automóvil. Cuando empiezan a caminar, ven a un muchacho con gafas oscuras que saluda cortésmente al Cónsul. Será el primero de una larga fila de espías que aparecerán en la novela, siempre hostigando al paranoico diplomático.

Caminan por la ciudad desierta, y se topan con un cartel que anuncia una función de box en la “Arena Tomalín” el próximo domingo. Este cartel, que Lowry describe con lujo de detalles, y que reaparecerá continuamente a lo largo de la novela, simboliza la lucha que se está dando en el interior de ambos personajes, así como la lucha que tendrán que librar entre sí. Luchas que, por cierto, están de antemano perdidas: cuando el Cónsul sugiere a Yvonne asistir a la función de box, ella se rehúsa: “detesto el box”, le dice. A cambio, el Cónsul le propone ir a “una especie de jaripeo” que habrá esa misma tarde en el pueblo de Tomalín: allí encontrarán la muerte.

Siguen el paseo y ahora se encuentran con una imprenta, en cuyo escaparate Yvonne se ve reflejada y ve a un ser mucho más bello que el que ella siente llevar en su conciencia; luego observa, en medio de un mar de fotografías convencionales de bodas, bautizos y cosas así, “una ampliación fotográfica [que] mostraba la desintegración de un depósito glacial de una gran roca, hendi-da por los bosques de fuego de la sierra madre”. La fotografía se llama “La despedida”. El simbolismo de la imagen es evidente, e Yvonne (que comparte con los otros tres personajes principales de la novela el don de descifrar símbolos y significados en objetos y situaciones, don que les heredó su creador) lo interpreta de inmediato: la roca partida es su matrimonio con el Cónsul: imposible de restaurar. No obstante, a Lowry le gusta ir más allá de lo obvio: el “fuego de los bosques” que hiende a la roca será el mismo que consuma la cabaña en Canadá en la que Yvonne ha depositado sus esperanzas de redención; incendio que ella misma verá cuando se encuentre a las puertas de la muerte, en el capítulo 11.

Llegan a la calle de Tierra de Fuego; Yvonne observa los tendajones que hay en el lugar, entre ellos una Lechería, que sirve a Lowry para recordarnos que esa palabra es muy parecida a “lechery”, que en inglés quiere decir “lujuria”. Todo esto viene a cuento porque nos encontramos muy cerca de la casa de Jacques Laruelle, en la contraesquina de la calle de Nicaragua, lugar donde Yvonne fue infiel a su marido. El Cónsul hace una pau-

sa y entra en un tendajón a tomar un trago; allí, la dependiente le recuerda que es un *diablo*, que es hasta cinco *diablos*. Siguen caminando hasta llegar por fin a la casa de la torre, la casa donde está colgada una placa dorada cuyo texto el Cónsul no quiere pronunciar: “No se puede vivir sin amar”. (En la carta a Jonathan Cape, Lowry explica que la frase “absolutamente necesario”, que el Cónsul y el cantinero repetían en un juego del que llegó a recelar Yvonne, era un choque irónico con el lema de fray Luis de León, el cual Firmin no dejaba de martillar en su mente). Al pasar por el lugar, el Cónsul, envalentonado por el trago que acaba de beber, informa a su mujer, sin que ella se lo pregunte, que Laruelle sigue en la ciudad y que se han frecuentado como buenos amigos. Aprovecha para volver a reprocharle veladamente su deslealtad; le dice, por ejemplo, después de varias frases hirientes: “Aunque claro, si hubieras sido Cónsul en *Cuernosvaca*, esa ciudad maldecida por el amor perdido de Maximiliano y Carlota, entonces, bueno, entonces...”, entonces surge en mayúsculas el cartel de la función de box: la lucha, por lo menos por parte de él, está en su apogeo. Y va más lejos: después de dudarlo un poco, ahora le informa a Yvonne que se encuentra en Quauh-náhuac, viviendo con él, su hermano Hugh, el otro hombre con el que su mujer lo había engañado. Reaparece entonces el cartel de box, ahora detallando la función, y luego el otro cartel: *Las manos de Orlac*, con Peter Lorre, seguramente porque el Cónsul se siente un asesino de su amor. “Parece que, en estos días, todos vuelven para verme”, dice con ironía. Bajando por la calle de Nica-

ragua, el Cónsul relata a su mujer cómo es que regresó su hermano. Al tiempo que lo hace, decapita con su bastón las amapolas que crecen a orillas del camino (¿es a Yvonne o a Hugh, o a ambos, a quienes está decapitando?). Ella apenas lo escucha: han sido demasiadas emociones en muy poco tiempo. Se siente agotada, como si durante ese recorrido hubiese atravesado el Sahara, pero sobre todo se siente culpable y, paradójicamente, sabe que esa culpa es la que mantiene en pie a su marido:

Geoffrey se encontraba aquí por cierto; pero no sólo estaba acompañado, no sólo no necesitaba de su ayuda, sino que vivía en el centro mismo de la culpa de Yvonne, culpa que, a todas luces lo sustentaba en forma extraña...⁵

Por fin llegan a la casa, y “un repugnante perro callejero los siguió cuando entraron”. Una vez más Lowry nos anuncia el final de la novela: cuando el Cónsul entra en su Edén en ruinas, lo sigue un perro famélico; cuando su cadáver descienda al abismo de la barranca, lo seguirá un perro muerto. Aquí concluye el capítulo.

Espero que esta descripción haya sido suficiente para ilustrar hasta qué grado es compleja, y fascinante desde luego, esta obra maestra surgida de la frenética pluma de un hombre habitado por un bosque de símbolos. ▮

⁵ *Ibidem*, p. 74.

